



Vivimos obsesionados con el futuro. ¿Qué pasará con el mundo? ¿Estamos cerca del fin? ¿Cuándo vendrá Cristo en gloria? Las redes hierven con teorías apocalípticas, los titulares anuncian crisis tras crisis, y el corazón humano late entre el miedo y la esperanza.

Pero en medio de ese ruido, la Iglesia susurra una verdad que cambia todo: **la Parusía ya ha comenzado, y ocurre cada día sobre el altar.**

Sí. La Segunda Venida no es solo un evento futuro. Es también una presencia actual. Es lo que podemos llamar —con profundo fundamento teológico— **la Parusía eucarística.**

Este artículo no es una especulación piadosa. Es una invitación a redescubrir el corazón del misterio cristiano: **Cristo vuelve sacramentalmente en cada Santa Misa, anticipando su retorno glorioso y preparando a su Esposa.**

1. ¿Qué es la Parusía?

La palabra “Parusía” proviene del griego *parousía*, que significa “presencia”, “venida”, “manifestación oficial”. En el Nuevo Testamento se usa para referirse a la venida gloriosa de Cristo al final de los tiempos (cf. Mt 24,27; 1 Tes 4,16).

San Pablo escribe:

“Porque el mismo Señor, a la voz del arcángel y al son de la trompeta de Dios, descenderá del cielo” (1 Tesalonicenses 4,16).

La Iglesia siempre ha profesado esta verdad en el Credo: “Y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos”.

La Parusía definitiva será visible, universal y majestuosa. Cristo vendrá como Juez y Rey. Pero aquí está el punto clave: **la historia de la salvación no funciona en compartimentos estancos entre el “ahora” y el “después”.**

En el cristianismo, el futuro irrumpe en el presente.

Y eso ocurre de manera suprema en la Eucaristía.



2. La Eucaristía: presencia real, no símbolo

Desde los primeros siglos, la Iglesia ha afirmado con claridad que en la Eucaristía no hay metáfora, sino realidad.

Cristo no dijo: “Esto representa mi cuerpo”.
Dijo: “Esto es mi cuerpo” (Mt 26,26).

La doctrina de la transustanciación —definida solemnemente en el Concilio de Trento— afirma que la sustancia del pan y del vino se convierte verdaderamente en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, permaneciendo solo las apariencias externas.

Aquí ocurre algo radical:

El Cristo glorificado, resucitado y entronizado a la derecha del Padre, se hace presente en el tiempo y en el espacio.

No es un Cristo del pasado.
No es un recuerdo emocional.
Es el mismo Señor que vendrá en gloria.

Por eso la liturgia proclama después de la consagración:

“Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección. ¡Ven, Señor Jesús!”

La Misa es memoria, sí.
Pero es también súplica de la Parusía.

Y más aún: es anticipo real de ella.



3. La Parusía ya anticipada: fundamento teológico

Para entender la Parusía eucarística debemos comprender un principio central de la teología católica: **la liturgia participa de la eternidad.**

La Carta a los Hebreos nos muestra a Cristo como Sumo Sacerdote eterno que ofrece un sacrificio único y definitivo (Heb 9,11-12). Ese sacrificio no se repite, pero **se hace sacramentalmente presente** en cada Misa.

La Eucaristía no es una repetición de la Cruz.
Es su actualización incruenta.

Y ese Cristo que se ofrece es el mismo que vendrá en gloria.

Por tanto:

- La Cruz pertenece al pasado histórico.
- La Resurrección pertenece a la victoria eterna.
- La Parusía pertenece al futuro escatológico.
- Pero la Eucaristía une pasado, presente y futuro en un solo acto sacramental.

Aquí está la clave:

La Misa es el lugar donde el tiempo se abre a la eternidad.

Cuando el sacerdote eleva la Hostia, el cielo toca la tierra.

Cuando el fiel comulga, participa ya del banquete eterno del Cordero (cf. Ap 19,9).

4. La dimensión escatológica de cada Misa

Cada Eucaristía tiene una dimensión profundamente escatológica.

No celebramos simplemente un rito comunitario. Celebramos:

- El sacrificio redentor.
- La presencia gloriosa.
- El anticipo del juicio.
- El anuncio del Reino definitivo.



Por eso en la liturgia tradicional se respiraba con tanta intensidad el sentido de lo sagrado y del juicio. La Misa no es entretenimiento espiritual. Es el umbral del fin de los tiempos.

Cada consagración es una irrupción del Rey.

Podríamos decir, con rigor teológico:

La Eucaristía es una Parusía sacramental, velada bajo las especies, pero real.

Lo que un día veremos sin velo, hoy lo adoramos bajo el pan.

5. ¿Por qué esto importa hoy?

Vivimos en una cultura que ha perdido el sentido de la trascendencia. Muchos católicos han reducido la Misa a una reunión fraterna o a una experiencia emocional.

Pero si recuperamos la conciencia de la Parusía eucarística, todo cambia:

- Cambia nuestra forma de asistir a Misa.
- Cambia nuestra manera de comulgar.
- Cambia nuestra preparación espiritual.
- Cambia nuestra vida cotidiana.

Si Cristo viene realmente en cada Misa, ¿cómo puedo acercarme distraído?

Si el Rey está presente, ¿cómo puedo vivir en pecado mortal?

Si estoy participando ya del banquete eterno, ¿cómo puedo vivir como si esta vida fuera lo único que existe?

La Eucaristía no es un símbolo del cielo.

Es el cielo entrando en el mundo.

6. Aplicaciones pastorales concretas

Aquí es donde esta doctrina deja de ser teórica y se vuelve transformadora.



1□ Preparación seria antes de la Misa

Si vamos a encontrarnos con el Señor que vendrá en gloria, la preparación no puede ser improvisada. Confesión frecuente, recogimiento, oración previa.

2□ Recuperar el sentido de adoración

La adoración eucarística es entrenamiento para la Parusía definitiva. Aprendemos a estar ante Él ahora, para no temerle cuando se manifieste en gloria.

3□ Comunión en gracia

San Pablo advierte con fuerza:

“Quien come y bebe indignamente, come y bebe su propia condenación” (1 Cor 11,29).

La Parusía eucarística es salvación para quien está en gracia, pero juicio para quien la desprecia.

4□ Vivir en vigilancia

La Misa nos educa en la espera activa. No en el miedo, sino en la esperanza.

Cada “Amén” al recibir la Comunión es un acto de preparación para el día en que Cristo se manifestará sin velos.

7. La pedagogía divina: de lo oculto a lo manifiesto

Dios actúa progresivamente:

- En Belén vino en humildad.
- En la Cruz se ocultó en el sufrimiento.
- En la Eucaristía se oculta bajo las especies.



- En la Parusía final se manifestará en gloria.

La Eucaristía es la etapa intermedia:
ni ocultamiento total, ni manifestación plena.

Es presencia real bajo signo sacramental.

Quien aprende a reconocerlo en la Hostia, lo reconocerá en la gloria.

8. La Parusía eucarística y la crisis actual de fe

Muchos hablan del fin del mundo.
Pocos hablan del fin del pecado en su propia alma.

La verdadera preparación para la Parusía no es acumular teorías apocalípticas, sino vivir eucarísticamente.

Un católico que vive centrado en la Misa no teme el fin.
Porque ya vive unido al que vendrá.

En tiempos de confusión doctrinal, secularización y pérdida de sentido de lo sagrado, la solución no es la ansiedad, sino la adoración.

La Iglesia sobrevivirá no por estrategias humanas, sino por la Eucaristía.

9. Una guía espiritual para vivir la Parusía eucarística

Te propongo algo concreto:

- Asiste a Misa como si fuera la última de tu vida.
- Comulga como si fuera tu viático.
- Adora como si ya estuvieras ante el trono celestial.
- Vive cada día como preparación para el encuentro definitivo.

Haz de tu jornada una prolongación del altar:



- Trabajo ofrecido.
- Sacrificios aceptados.
- Pecados confesados.
- Caridad concreta.

La Eucaristía no termina con el “Podéis ir en paz”.
Ahí comienza tu misión.

10. Conclusión: El que viene ya está

La Parusía no es solo una fecha futura.

Es una Persona que ya viene.
Y viene cada día.

El mismo Cristo que un día rasgará los cielos, hoy se deja tocar en el silencio del sagrario.

La pregunta no es cuándo vendrá.

La pregunta es:
¿Lo reconoces ahora?

Porque quien aprende a verlo en la Hostia, no temerá verlo en la gloria.

Y cuando finalmente suene la trompeta y se manifieste el Hijo del Hombre, el alma eucarística no dirá “¡Qué sorpresa!”, sino:

“Por fin te veo como siempre te adoré.”